



La otra verdad de Salvador Dalí

Por R. SANTOS TORROELLA

Definición

«Salvador Dalí Doménech, ciudadano español, nacido en Figueras, provincia de Gerona, el 11 de mayo de 1904, de profesión pintor...»

He aquí la única definición segura del personaje. Muy poca cosa, ciertamente; pero a partir de ella, cualquier otra afirmación entrará en el incierto dominio de las hipótesis y las interpretaciones. Bien es verdad que cuanto con él se relaciona adquiere tales notas de singularidad, tan desaforados caracteres o tan gesticulante espectacularidad, que la fijación de una

imagen suya en consonancia con lo que tras ellos se oculta, resulta punto menos que imposible. Así, todas las interpretaciones suelen basarse, casi irremediamente, en esos rasgos tomados al pie de la letra. El Dalí extravagante, autodivinizado, paradójico, histrión, genialmente disparatado, con insaciables avideces de fortuna y de publicidad personal, etc., ha llegado a constituir la imagen que se tiene por más indiscutible y que, desde luego, ha sido provocada por él mismo. Sin embargo,



FOTO FONTSERÉ

pese a todas las categóricas afirmaciones en tal sentido, pese al ostensible descaro con que su personalidad parece empeñada en corroborárnoslas, bien pudiera ocurrir que cualquier interpretación que se deje prender en ellas corra fatalmente el riesgo de equivocarse.

Sospechas

Usted, lector, que está tan convencido de que Dalí es de tal modo, ¿no ha entrado nunca en sospechas de que la verdad bien pudiera ser muy otra? ¿No ha titubeado alguna vez ante el hecho de que sea el mismo Dalí quien se apresure a confirmar, extremándolas incluso, todas esas interpretaciones, exageradas o no, de su persona?

Entonces, ¿resultará que Dalí tenga un especialísimo interés en que nos formemos de él la idea que quiere y no otra? Bien mirado, a todos, en nuestras relaciones con los demás, nos guía el mismo propósito: queremos inducirlos a que nos juzguen como es nuestro deseo; y, repárese, no siempre engañosamente, sino porque también para nosotros mismos quisiéramos, instintiva o clarivamente, ser según la imagen que de nuestra personalidad proponemos a los que nos rodean. Se trata, pues, no tanto de un engaño como de una aspi-

ración, y ésta se produce justamente en consonancia con lo que para nosotros constituye un ideal deseable más que ningún otro en cuanto a nuestro ser en sí mismo y frente al mundo.

La anomalía voluntaria en Dalí

Ahora bien, esta conducta, perfectamente normal en cualquier hijo de vecino, adquiere en Dalí caracteres extremos, disparatados, esto es, dispares en grado sumo con respecto a la tabla de valores socialmente aceptada. Usted, yo, cualquier persona normal, que lógicamente quiere vivir en completa normalidad con su medio, aspirará a ser tenido por lo que en ese medio se considera más aceptable, decoroso y digno. Dalí, por el contrario, gustará de presentarse como una criatura anómala, en flagrante contradicción con lo admitido en esta tabla de valores por la que nos regimos. Es decir, Dalí trata en todo momento de salirse de lo normal, de lo ordinario. Trata, en suma, de ser *extra-ordinario*, *excepcional*; la afirmación de su persona, su modo de realizarse en la vida, que es en fin de cuentas la aspiración o necesidad común a todos, no se le antoja posible sino por caminos insólitos, no trillados, incluso absurdos. Esto último acaso en mayor medida, justamente porque lo absurdo reviste, a sus

ojis — y a los de cualquiera —, caracteres en mayor grado excepcionales. Toda la vida de Dalí, desde su vocación de pintor hasta su modo de comportarse socialmente, aparece dominada por esta pasión de lo insólito, de lo impar, de lo difícilmente compartido o comparable por otros. No hay más que leer su autobiografía, su libro «Vida secreta de Salvador Dalí», para comprender hasta qué repugnantes perversiones hasta el crimen gratuito; desde la ostentación de actitudes grotescas o risibles, que cualquiera procuraría ocultar por temor al ridículo, hasta el pisoteo de los sentimientos más «respetables», toda confesión autobiográfica vergonzosa, repugnante o caricaturesca se encontrará en ese libro. Prescindo de citar casos concretos para no alargar, un tanto inútilmente, estas consideraciones.

¿Loco, no, y lo demás sí?

Se me dirá, como más de una vez se ha dicho, que si Dalí simula la locura es porque, en cierto modo, está loco, pues mostrarse como tal tan contumazmente ya constituye de por sí un género de locura. Y lo mismo cabría decir de los demás aspectos voluntariamente ostentados de su personalidad: la codicia del dinero, la aberración erótica, el afán publicitario, el genialismo, la afición a lo grotesco... Pero Dalí ha confesado paladinamente que «la única diferencia entre un loco y yo, es que yo no estoy loco». Repárese, sin embargo, en que no ha dado un mentís tan rotundo a los demás rasgos de su personalidad aparente. Y ¿no es esto un tanto sospechoso?

Pese a ello, si ya no es tan fácil ni frecuente considerarlo un hombre que tiene perturbadas sus facultades mentales — nadie, en realidad, cree hoy tal cosa —, sí continúa siendo tenido por un personaje genial y grotesco, en grado sumo amante del dinero, de la publicidad, de ciertos extravíos en cuanto al modo de obrar y de comportarse en nuestro mundo. Pero ¿no cabría pensar que hay aquí un desnivel, un desplazamiento o «decalage» entre el ser y el querer ser? No podría ocurrir incluso que el Dalí verdadero fuera el contrario del que en esas imágenes suyas, por él promovidas y por los más aceptadas, se nos muestra tan extremosa y tercamente?

Bien sabido es que no siempre resulta cierto que seamos como pretendemos hacer ver que somos. Pocas veces el héroe, el cobarde, el sedicioso o el maligno se muestran voluntariamente como lo son. Las cualidades más dignas de encomio, cuando son auténticas, no suelen ser objeto de ostentación. El rufián se mostrará revestido de honradez, el pobre hombre de soberbia, el grande de humildad, el orgulloso de timidez, el apocado de osadía... Unas veces, este desplazamiento será instintivo, fruto de un

acto reflejo, y otras será calculado, nos proporcionará esa máscara a la que damos el nombre de hipocresía. En cualquier caso, se produce en virtud de una conveniencia, de una adecuación natural o fingida de unos rasgos a otros con miras a la mayor eficacia del ser, del realizarse en el mundo.

El Dalí «comerciante»

Salvador Dalí podría ser, repito, precisamente lo contrario de lo que, al menos en sus rasgos más gesticulantes y llamativos, se empeña en hacer ver que es. Y ello, no sólo por los sencillos motivos que acabo de apuntar, sino en virtud de más complejas circunstancias, entre ellas de índole histórica, de situación de época, tanto en lo personal como en lo que afecta a su arte. Pero no es esta ocasión para extenderme más en este punto.

Días pasados presencié un diálogo con un crítico barcelonés que hace unos meses, al consultársele acerca de unas ilustraciones que de las de Picasso y Miró, que son pintores; la de Dalí, no, que es un comerciante». Dalí, lejos de indignarse, al menos en apariencia, elogió al crítico por su agudeza de observación, ya que, según dijo, desde su niñez se había sentido singularmente atraído por Hermes o Mercurio, el dios del comercio, cuya representación praxisbían darse a la Prensa, aconsejó: «Den ustedes teliana es una de las esculturas que más ha admirado siempre... Acto seguido, como quiera que la ironía es propensión inevitable en Dalí, agregó: «Ahora, usted lo que tiene que hacer es regalarme un bronce antiguo de ese Hermes, que hay en casa de un anticuario de Barcelona. Yo le diré dónde está. Es cosa de poco: no le costará más que un millón de pesetas. Al divino Dalí, ya sabe usted, le gustan mucho que le regalen cosas».

Entonces, al oírle, es cuando vi más claro que Dalí dista mucho de ser un comerciante. Y también vi entonces que, en cualquier caso, no comercia ni más ni menos con su arte que cualquier otro pintor de nuestros días, por encumbrado o prestigioso que sea. Ese rasgo de la ironía daliniana, me pregunté: ¿no será acaso otra de las claves posibles de las desafortadas, caricaturescas actitudes adoptadas por él? En el caso concreto a que acabo de referirme, no cabe duda de que Dalí proponía al crítico un imposible, pues ambos sabían que el millón exagerado también — que el obsequio costaría, se hallaba muy lejos de las disponibilidades del último. Se trataba, pues, de una broma, o mejor aún, de un sarcasmo. Y a esta luz, a la de la catársis o purificación por el sarcasmo, proponiéndose a sí mismo como cabeza de turco, me pareció que, sin por ello soslayar otras motivaciones psicológicas, podrían muy bien interpretarse algunas de las desafortadas actitudes grotescas de Dalí.



Dalí pintando la Batalla de Tetuán

¿No está todo el arte de la época teñido de mercantilismo? ¿Es que Picasso, Braque, Miró, Fautrier, Mathieu o cualquier otra figura de ese arte no comercia tanto o más que Dalí con sus obras? ¿A qué lo manifiesta éste tan descaradamente, mientras los demás lo ocultan? Ya se sabe que en esta época nuestra, en

que la cultura misma se halla presidida por el comercio, las avideces en torno a él se disimulan cuanto sea posible, porque distan mucho de haber entrado, al menos moralmente, en nuestra tabla de valores. Cabe en lo posible que Dalí se proclame «comerciante» precisamente por temor a no serlo — a que su arte llegara a no ser tan comercial como el de otros. Pero también puede interpretarse en el sentido de que su genio contradictorio, hecho de tan ostensibles contraluces ampurdaneses de seriedad e ironía, le lleve a denunciar, apropiándose caricaturescamente, ese rasgo tan manifiesto del arte de nuestra época, mantenido oculto por los más en los entrebastidores del marchandismo y la especulación.

El genialismo de Dalí

¿Y no cabría decir lo mismo en cuanto al genialismo que Dalí se autoconfiesa con tan paladina desenvoltura? Si bien se mira, ese genialismo es otra de las enfermedades que contamina a todo el arte de nuestro tiempo. Crecen los genios en él como los hongos en el bosque. No hay pintor en ciernes ni autodidacta bisoño que no se proclame único y genial a las primeras de cambio. Y no digamos de ese sentimiento más recóndito y agarrado, pero no menos intenso, que en análogo sentido se trasluce en otros consagrados ya por la fama, cuya soberbia acaso les induzca, muy al contrario que en Dalí, a afectar una modestia que se quebrará airada al menor atisbo de involuntaria desconsideración que con ellos se tenga.

También en este caso, diríase que Dalí, con su ostentación de genialismo, se está curando en salud de una de las más graves enfermedades que han hecho presa en los artistas de este

siglo. No llegaré a afirmar que Dalí sea, en el fondo, un hombre humilde; pero sí que, en su compañía, al dialogar con él, no se experimenta nunca esa sensación de incomodidad que la recóndita soberbia de otros nos provoca.

Los demás

Y así, como en los dos casos a que acabo de referirme, podría ocurrir con los restantes de esa peculiar fisonomía daliniana que los más, instigados por el propio Dalí consideran indudable. Frente a ella, quinquiera que haya tenido oportunidad de tratar con alguna frecuencia a Dalí, habrá comprobado la existencia de otros rasgos diametralmente opuestos a los admitidos: la generosidad, la agudeza espontánea, su aceptación del diálogo, la hospitalidad, la corrección, la finura de inteligencia, la cordialidad, el despierto interés por cuanto sucede a su alrededor, incluso, por paradójico que pueda creerse, su sencillez y hasta su modestia...

Acaso algunas de las observaciones que dejo escritas aquí requirieran más amplio comentario. Pero basta ya que lo que apuntado queda como otra de las posibles interpretaciones, a mi entender no menos expuesta a error que las que tan ampliamente circulan por ahí, acerca de la persona y la personalidad de Dalí.

Tras ello, para el lector poco amigo de tales alucidaciones, lo único verdaderamente cierto es lo que apunté al principio, la definición: «Salvador Dalí Doménech, ciudadano español, nacido en Figueras, provincia de Gerona, el 11 de mayo de 1904, de profesión pintor...».

Y estos dos hechos: el de haber nacido ampurdanés y el de ser pintor, no cabe duda de que son los más decisivos en la problemática y especiosa biografía de Salvador Dalí, pintor de Figueras.

